

... La señora ha cesado de dictar, y en verdad no lo siento, pues son las seis de la mañana; mas, para ella que no ve, no hay día ni noche. ¡Ahí, pues, su primer amor! Pláceme cotejar lo que va consiguado, con una leve disputa ocurrida en mi presencia esta mañana: es un paralelo bastante curioso. La señora cita á Pont de Veyle, el cual, como nadie ignora, fué, con el presidente Henault y el señor de Fremont, su más fiel amante. Ella no se guardaba de decirlo, y los demás no se guardan de hablar delante de mí. So capa de que no tengo dote y de que probablemente me quedaré soltera, cuéntanme todo lo que mi marido me enseñaría y más allá. Ya no tengo reparo en repetirlo, cuanto más que hay que tomar buenamente las<sup>6</sup> cosas como se presentan. Pont de Veyle es hermano del señor de Argental, y ambos hijos del hermano del embajador conde de Feriol; han sido unos de los tertulios más constantes de la señora del Deffand. Pont de Veyle concurre todavía diariamente á la tertulia, excepto cuando anda á trompicones con la muerte, lo que de fijo no tardará en acabar con él, pues se halla ya en el último extremo.

Ayer estaba sentado junto á la lumbre, la marquesa ocupaba su sillón, y golpeaba con sus palillos, y yo los miraba á entrambos.

— Desde que somos amigos—dijo la marquesa á Pont de Veyle,—nunca se ha interpuesto una nube entre los dos, á lo menos que yo sepa. ¿No es verdad?

— Lo es, señora.

— ¿No será esto debido á que en nuestro mutuo afecto no nos llevamos ventaja?

— Tal vez.

Esto lo dijeron con tanta frialdad como si hubiesen hablado del emperador de la China; y en verdad me dolió en el alma.

He aquí lo que queda de un afecto de sesenta años en aquellos dos corazones.

Verdad es que aquellos *dos corazones* suman entre ambos muy cerca de ciento sesenta años...

## VIII

Yo me había ausentado de París, dejando á Larnage y á las señoras de Luynes y de Creanci, y me hallaba en el hogar paterno, de luto riguroso, llorando á mi madre, más porque los otros la lloraban que por mi propio dolor; y es que estaba separada de ella hacía tantos años, que apenas la recordaba. Sabía que era bondadosa y que me quería y me mimaba, lo que los demás no hacían; pero en mí ha dominado siempre el espíritu, y como mi madre no me hablaba al espíritu tanto como mi tía, de ahí que prefiriese á ésta. Viví en Chamrond retirada, triste, pensando á menudo en Larnage, que me escribía libros, añorando á París, deseando casarme para salir de aquella inmovilidad física y moral, y no descubriendo ningún pretendiente que me quisiese, ó yo le quisiese á él. Cifrar la dicha en la conducta de otro, es idea descabellada; y, sin embargo, la vida de las mujeres estriba en esto. Condenadas á dependencia perpetua, pese á ellas padecen el destino que les imponen, soportan sus consecuencias, y, cuando las consecuencias las abruman, también á ollas imputan la falta. La justicia de la sociedad es así, y toda la filosofía no la mejorará; á mí misma me ha hecho padecer demasiado para aceptarla.

Aquella vida campestre, en la que tan poco alimento hallaba mi espíritu, se me hacía más y más

insuportable. Me habría casado con el diablo, si se me hubiese presentado vestido de caballero y me hubiese asegurado un medio pasar. ¡Ay! únicamente se presentaban pobres diablos sin blanca, y la miseria me ha horrorizado siempre. También era fiel al recuerdo de Larnage, á quien imaginaba en lo porvenir nieto reconocido del soberano, de hecho si no de derecho; porque, en mi política, el duque del Maine no podía menos de triunfar del duque de Orleans y de suplantarlo en la regencia. El pobre Larnage, todas las semanas me escribía comunicándome sus esperanzas y forjándose mil seductivas ilusiones de que yo era el blanco. Su amor por mí era tan ardiente, que á su reflejo me reanimaba, y á las veces me parecía también amarle. Entonces y bajo la arboleda del parque, entregábame á éxtasis inefables; veía á mi amado en su gloria. Como las pobres criaturas á los diez y siete años, lo deificaba antes de saber por experiencia que no hay más Dios que el de las alturas, y que los otros son de contrabando.

Transcurrieron semanas, meses, años, y empecé á descorazonarme, á hallar interminable el tiempo, á mirarme repetidamente al espejo para cerciorarme de que no envejecía y que continuaba siendo hermosa. Leí muchísimo, y me confesé á menudo; pero ¡ay! no por devoción, sino para contar á mi confesor mis pecados de pensamiento, ya que no podía contarle otros, como yo hubiera querido. En suma, hacía todo lo imaginable para matar el tedio, pero sin lograrlo; aun mi tía no pudo conseguirlo; su cariño se estrellaba contra este escollo.

Mi tía me llevó á casa del señor de Toulangeón, donde se celebraba una reunión de nobles y en la cual habíamos de pasar un mes. Aquella esperaba distraerme, dar otro rumbo á mis ideas y quizá también encontrar en aquellas fiestas al hasta entonces

inhallable marido. Me puse en camino sin alegría; ni siquiera pensé en mis atavíos, por cierto modestísimos; si no hubiese sido mi tía, me iba en trapillo de mañana y un cofre vacío. Felizmente la buena hada había provisto á todo; quiero decir que hizo venir de Dijón dos trajes completos, uno para la mañana y otro para el baile, los cuales, junto con algunos avíos de mi madre recompuestos por aquélla, me formaron un guardarropa tal cual. No era tanta mi exigencia.

El primer día nada noté en aquella muchedumbre casi desconocida, nada distinguí, y oí con indiferencia los cumplimientos usuales que éste y aquél me dirigían. Figuraba entre los convidados el padre Sainte-Croix, prelado romano, camarero del papa, hombre ingenioso, intrigante y amabilísimo. El tal estaba domiciliado en Italia, y pasaba algunos meses del año en Borgoña, donde tenía parientes. El caso nos puso en relaciones, y se propuso hacerme hablar. Teniéndolo por digno de escucharme, le abrí mi corazón poco menos que sin advertirlo, y sólo porque él me impulsó á efectuarlo. Alentada por él, me adelanté mucho en mis confidencias: confesé mi amor por Larnage, único que confesar tenía, y asimismo nuestras esperanzas y nuestros devaneos de imaginación. El padre Sainte-Croix se me rió en la cara, me miró de hito en hito, y, tras corto silencio, me dijo:

— Ea, yo me comprometo á casarla á V.

Con llevar con él doce días de continuas relaciones, desde la mañana hasta la noche, y haber entre los dos más intimidad que si hubiésemos pasado juntos en la ciudad diez años, me sonrojé al escuchar tales palabras.

— ¡Que Vuestra Reverencia se compromete á casarme! — exclamé.

— Sí, señorita, y si es V. razonable, aceptará V. el marido que yo le destino. Va V. á cumplir veintún años, edad la más florida; pasada esta, ya empieza el descenso del mal declive de la montaña; este es el momento de detenerse, ¿no opina V. así?

— Ya he revelado á V. del todo mi pensamiento — repuse.

— ¡Qué locura! ¿me toma V. por un clérigo de corte? Escuche V. mi proposición. ¿Qué diría V. de un noble de antiquísimo abolengo, cuyos mayores están inscritos en los anales de Borgoña desde el tiempo de los duques, coronel de un regimiento de dragones, marqués, y que me honra llamándome primo suyo?

— La última razón es la mejor. Bueno, pasemos ahora de las cualidades á los defectos.

— Los tiene, como todos los tenemos; pero pocos. Aparte de lo expuesto, mi protegido será teniente general del Orleanés, cargo que su familia posee desde 1666.

— Me asusta V. por manera indecible, padre mío — dije; — su protegido de V. debe de ser algo así como un monstruo, cuando tanto tarda V. en confesármelo.

— Verdaderamente no es un pino de oro; pero tiene...

— El aspecto noble y distinguido. Dejemos eso, conozco esas excusas.

— No aspira á figurar en la Academia francesa.

— Ni yo tampoco, se lo fío á V.

— Dicen que es enojoso.

— ¡Ah! esto es más grave.

— Que es apocado y fácil de conducir.

— Tanto peor, pues cualquier cosa que hagamos, daremos que hablar.

— Cuando á la gente no se le echa pasto, lo toma; es preferible echárselo de buen grado.

— A todo halla V. respuesta; pero ¿la hallará V. á mi desventura, si de ella le pido cuenta?

— No será V. desventurada.

— ¿En qué funda V. su afirmación?

— Tiene V. demasiado talento para que tal suceda: con una inteligencia como la de V., sólo se toma de la vida lo bueno, y se deja lo demás á los necios.

— Que no lo recogen. No calumnio V. á los necios, padre. Respecto á la dicha, no hay quien más sepa.

— ¿Quiere V. ser mi prima?

— ¿Depende eso de mí?

— En absoluto. Su familia de V. no opondrá ningún reparo; su señor padre, según dicen, es muy acomodaticio. En cuanto á sus tutores maternos, ¿quiénes son?

— Mi abuela y el señor Boutillier de Chavigny, mi tío, elegido para el arzobispado de Sens.

— Les hablaré; pero si he de ser franco, me da V. más miedo que todos los demás reunidos.

— Realmente soy la más difícil de seducir. Con todo, veré.

— ¿Pronto?

— Antes de salir de esta casa; se lo prometo á V.

— Muy largo me lo fía V. No puedo conceder á V. más de tres días; me urge regresar á Roma, y antes de efectuarlo quiero dejar terminado este asunto. Yo echaré á V. la bendición.

— Todavía no ha llegado la hora.

— Llegará.

— ¿Puedo saber el nombre de su elegido de V.?

— Primeramente quiero que V. me dé la respuesta.

No hubo sino someterme.

El padre Sainte-Croix y yo pasamos el resto de la velada conversando, pero de cosas que nada te-

nían que ver con mi casamiento. Sin embargo, yo pensaba en él, y maquinalmente me callaba, y por estar tan lejanos de mi corazón, no me venían á los labios los conceptos indiferentes. Mis miradas vagaban por el aposento, y por casualidad se posaron en un rincón bastante obscuro, donde había tres hombres que me eran desconocidos. Dos de ellos no me llamaron para nada la atención; el tercero no era más notable, y no obstante despertó mi interés. El tal había llegado aquella mañana, y ahora lo veía por primera vez. Parecía frisar con los treinta y seis, y todo era en él regular, estatura, rostro, talante, en suma, su aspecto era tan vulgar, que su presencia me produjo el efecto del rayo.

— Ahí mi futuro marido—dije entre mí, movida por uno de esos presentimientos que nada explica; —estoy segura de que es él.

Y lo mostré al padre Sainte-Croix, que se rió de mi perspicacia, y me dijo:

— Pues lo adivina V., no hay para que me ande con tapujos; realmente es mi primo. ¿Qué le parece á V.?

— No me parece absolutamente nada; me sería imposible formar de él una opinión, y apuesto que no inspira ninguna á nadie.

— Es una cualidad excelente. Cuando la cara nada promete, nada hay que cumplir; y cuanto uno da, es apreciado en más de lo que vale.

— ¿Cómo se llama ese postulante? No se niegue V. á decírmelo, pues si me empeño, lo sabré dentro de cinco minutos.

— Es el marqués del Deffand.

Dime por satisfecha, y mudé plática. Fuése el padre Sainte-Croix, y con él fueronse también los demás; después me acosté, y pasé la noche dando en mi mente vueltas y más vueltas á aquella proposi-

ción, y figurándome que se había convertido en dueño mío aquel hombre al parecer tan inepto, tan poco á propósito para llegar á cualquier cosa que fuese, ni como hombre, ni como marido. Al lado de aquel fantasmón me aparecía Larnage, tan gallardo, tan simpático, tan ardoroso, tan amable, y quizá de brillante porvenir. Pero Larnage, hijo no reconocido de un príncipe, secretario perpetuo del duque de Luynes, sin poder dejar este destino por otro mejor, sin bienes de fortuna, sin esperanza de adquirirlos, ¿podía casar con la señorita de Chamrond? ¿Era aquel un buen partido? Indudablemente no lo era, mientras que en el señor del Deffand concurrían cuantos méritos se requieren.

Transcurrieron los tres días, pasados en observación y sin hablar palabra alusiva á mi casamiento. El padre Sainte-Croix hizo dos ó tres veces partícipe de nuestra conversación al señor del Deffand, que en justicia he de consignar que nos molestó poco y no habló mucho. A lo menos adquirí la seguridad de que nunca me incomodaría con su charla, y en este punto me cabía estar tranquila.

¿Qué más diré? Pasados los tres días, me aburría de ser soltera, de ostentar eternamente mi apellido paterno, y el tedio, mi enemigo mortal, empezó entonces á levantar la cabeza, dándome á entender que la causa de él era el celibato y que me aburriría menos con un marido.

¿Qué poco conocía yo á la sazón la vida! Dí mi consentimiento; autoricé al padre Sainte-Croix para que me presentase al señor del Deffand como pretendiente á mi mano; y contado que hubo á mi tía lo que pasaba, ésta escribió á mi padre y á mis tutores, y en menos de un mes quedó todo arreglado.

Cuantos me conocen á fondo saben que nunca hablo de mi marido, que siempre me han sido inso-

portables las conversaciones á él referentes; así, pues, no les parecerá extraordinario que calle aquí los pormenores de mi boda. Ciertos actos, ciertos pensamientos han de velarse á los ojos de todos. Sean cuales fueren los yerros de un marido, de nada aprovecha revelarlos; cualesquiera que sean sus aciertos, á nadie interesan. Los secretos del hogar doméstico, tengo para mí que han de guardarse piadosamente; nadie se asombrará, pues, si en estas memorias se habla raras veces del señor del Deffand. Sépase de una vez para todas, que no hablaré de él sino cuando lo reclamen imperiosamente las circunstancias; por otra, ¡ha desaparecido tan rápidamente de mi vida, en la que ocupaba un lugar tan insignificante!

Celebróse mi boda en Chamrond, el 2 de Agosto de 1718, el tercer año de la Regencia, precisamente en la ocasión más oportuna para ver y juzgar á la sociedad de aquel tiempo. Acordóse que saldríamos inmediatamente para París, y este proyecto cumplióse luego á luego de haber terminado las fiestas del himeneo. Al salir de Borgoña se me ensanchó el corazón; parecióme ver el cielo abierto encima del polvoriento camino. Pero aquel cielo tenía que cerrarse harto pronto; no tuve tiempo de entrar en él.

## IX

Durante el viaje, el señor del Deffand quiso hacer el tórtolo, pero ¡qué mal lo hacía! Cierta noche, ahita de sus torpezas durante el día, le pregunté con tal cual arrogancia qué nombre daba á sus manifestaciones y á sus juramentos, y en qué podía ser eso conveniente á entrambos.

— Eso es amor — me contestó Deffand, — y en tu mano está que los dos hallemos en él la dicha.

— ¡Ah! ¿eso es amor? — dije, — huélgome de saberlo; no es necesario recomendarme que lo esquivé. Lo conozco ahora demasiado para tornar á él.

En mi alma bien me sabía yo que el amor de Larnage en nada se parecía á aquel amor, y que Deffand, cuando lo exaltaba la pasión, tomaba un aspecto que no tenía par. Las mujeres tienen en el corazón un rinconcito secreto donde guardan lo que á sí mismas no se confiesan, rinconcito en el que nunca han metido la nariz los filósofos, por más que éstos se vanaglorien de lo contrario. ¡De qué no se vanaglorían los filósofos!

Al llegar á París, Deffand nos alojó en casa de una su parienta, ínterin se decidía nuestra posición; nosotros ignorábamos aún dónde fijáramos nuestra residencia. Yo me inclinaba por París; pero precisaba saber si podríamos vivir allí decentemente. Nuestra primera visita fué para la duquesa de Luynes, y la primera persona á quien vi al entrar en el palacio de aquélla, fué Larnage, que salía con una cartera en la mano. El joven me saludó con gran respeto y perdió el color. Yo estaba más pálida y trastornada que él; y al preguntarme Deffand la causa de mi turbación, le respondí que el calor me incomodaba grandemente, y me apresuré á subir á la habitación de mi tía, la cual me hizo una acogida amabilísima, fascinó con mil agasajos á Deffand, y nos retuvo á cenar, pese á mi resistencia.

Era precisamente lo que yo temía. Iba á encontrarme cara á cara con el desventurado á quien había escrito, cuando mi boda, una carta recatadísima, privándole que me contestase. Larnage se conformó severamente á mi deseo, y no tuve que disculparme. El pobre muchacho me obedeció, pero haciéndose

gran violencia, como supe después. Aquel día, Larnage se sentó á la mesa como un crucificado; no se atrevía á levantar los ojos. Los duques, que nada sospechaban, en chanza le hablaron de su discípula y fincaron en la reserva que guardaba para con ella. Larnage se turbó y dió una contestación sin pies ni cabeza, contestación ininteligible para todos, excepto para mí, que comprendía demasiadamente.

Temí que aquella cena sería interminable. Con todo, tuve en ella un encuentro que influyó muchísimo en mi existencia: me refiero al señor de Feriol, antiguo embajador del rey en Constantinopla, y de su cuñada, la señorita Guérin de Tencin, hermana del cardenal y de la célebre canonesa de que tendremos repetidas ocasiones de hablar. La señora de Feriol simpatizó conmigo luego á luego, me hizo mil cariños, me instó para que fuese á verla, y no se apartó de mí hasta haberle prometido mi visita.

La señora de Feriol estaba casada con un delegado de hacienda, que después fué consejero y presidente del parlamento de Metz, lo cual no fué óbice para que aquella hiciese pública ostentación de sus relaciones con el mariscal Uxelles, que la amó mientras se mantuvo fresca, y luego la dejó llorar sus perdidos atractivos. En aquel entonces, la señora de Feriol todavía se conservaba: á mi me parecía vieja, porque tenía yo veinte años; pero en realidad era hermosa, y podía agradar á quien valiese más que un gotoso.

Al otro día, la señora de Feriol me convidó á una especie de fiesta dada en mi obsequio, y acepté sin desconfianza.

Era la señora de Feriol de carácter descontentadizo, extravagante, caprichosa, y como la contrariaba envejecer, cuantos la rodeaban sufrían las consecuencias de su mal humor. Los sofiones y las vive-

zas de genio del mariscal recaían sobre infelices á quienes ella castigaba con sus lágrimas. Tenía la señora Feriol dos hijos, Pont de Veyle y Argental, compañeros míos de toda mi vida, que entraron á participar de ella en su aurora y no se separarán de mí hasta que la muerte nos divida: aquélla parece habernos olvidado á los tres. Pont de Veyle y yo somos de la misma edad, Argental tiene tres años menos, y vivimos. Es espantoso.

La casa de los Feriol, á la sazón una de las más agradables de París, recibía muchas y buenas visitas, todas de personas ilustradas. Convidados á la fiesta, encontramos en ella, entre otros, á lord Bolingbroke, ministro inglés caído en desgracia, y á la marquesa de Villette, con la cual vivía aquél hacía un año, y de la que estaba perdidamente enamorado. También encontramos allí á la señorita Delaunay, doncella confidente de la duquesa del Maine, con la cual amisté inmediatamente; á la marquesa de Parabere, entonces en el auge de sus relaciones con el regente, y que me demostró una solicitud á que no me hice esquiva. La marquesa, seductiva sobre toda ponderación, era una de esas magas á las cuales no se puede resistir, por mucho que uno quiera, y que mal nuestro grado nos cautivan el corazón. Sobre todo encontramos en aquella casa á una criatura extraordinaria y adorable, una turca, conducida á Francia por el señor de Feriol, de la que más adelante hice mi amiga, y que me simpatizó desde el primer instante. Llamábanla Aissé. El embajador la compró muy niña para hacerla instruir, y la destinaba á compartir con él su yacija una vez llegada á la edad conveniente; lo cual parecía naturalísimo en la tierra donde él la tomara. Aissé, empero, se sustrajo con mucha suerte y no menos maña á los apetitos de Feriol, del que pasó á ser ahijada, y sólo ahijada, por

más que hayan dicho las necias conversaciones de la sociedad. El señor Feriol ni siquiera le besó las yemas de los dedos.

Cuantas personas acabo de nombrar figuraron entre mis íntimos, y todas han tenido una vida singular. Voy á contarla, cuanto más que me propongo hacer de estas memorias una galería donde podrá buscarse la historia de mi siglo y de la sociedad que he frecuentado. Pretendo no sujetarme á regla alguna; trazar los retratos á mi capricho, exhumar aquellas figuras, años ha desaparecidas, conforme vayan presentándose en mi imaginación ó á mi memoria; es el único modo de darles vida, de ser verídica y puntual, y me interesan ambas cosas.

La señora de Feriol tenía su hacienda de Pont de Veyle en Borgoña; pero raramente iba á ella. El pretexto de vecindad, si vecindad había, fué sin embargo el en que aquélla se apoyó para recibirme y festejarme. Yo dejaba hacer, satisfechísima como estaba de la compañía, y no menos satisfecha de conversar, oír conversar á personas ingeniosas, y de grabar en mi memoria lo que oía. Ignorantisima, por demás curiosa, ávida de saber, de aprender, no podía hallarme en mejor escuela; me sentía en la esfera por mí soñada, que se adaptaba á mis gustos, y durante algunas horas parecióme que amaba á Deffand, para darle las gracias por haberme conducido á aquel lugar.

Por la noche, vi por vez primera á Voltaire, que acababa de dar á luz su *Edipo*, recibido con extraordinario aplauso. Había aquél pasado ya un año en la Bastilla por su obra *He visto*, y estaba en el paraisimo de su rencor. Aquella cara de gato me llamó de buenas á primeras la atención; aunque se hacía el manso, echábase de ver que escondía las uñas, y, á pesar de sus esfuerzos, algunas veces las sacaba, lo

cual hacia desternillar de risa á la señora de Parabere, que levantaba su fusiforme meñique, que aun estoy viendo, para amenazar á aquél cuando aventuraba un epigrama.

También se presentó para cenar otra celebridad, aunque de distinto género: la señora de Tencin, hermana de la señora de Feriol, tan conocida por su ingenio, por sus cábalas y por el gran papel que hizo en sociedad al principio del siglo XVIII. A la sazón frisaba en los treinta y seis, era hermosa y fresca como una mujer de veinte; chispeábanle los ojos, y se sonreía por manera á la vez cariñosa y pérfida; quería ser buena y se esforzaba en parecerlo, pero sin lograrlo. Nadie se engañaba sobre el particular, y ella lo sabía y lo comprendía, y, con todo, no le decaía el ánimo, á pesar de que la contrariaba por modo indecible.

Durante aquella noche, la señora de Parabere y Voltaire se trabaron de palabras repetidas veces, y en verdad daba gusto oírlos; no simpatizaban, se temían, ó mejor dicho, se observaban, aguzaban sus miradas y economizaban sus dardos para lanzarlos luego con más seguridad; el espectáculo resultaba curioso. Ya haré el retrato de la condesa Alejandra de Tencin como los demás; no reclamo sino un poco de paciencia: á cada uno le llegará su vez.

¡Oh días placenteros los de mi juventud! ¡cuánto me halaga recordarlos! ¡qué alegrías! ¡qué acontecimientos! ¡qué amores! y en torno mío ¡qué personajes! ¡qué ingenios! ¡Cómo nos apresurábamos á vivir! La hipocresía impuesta por los postreros años de Luis XIV, la máscara echada forzosamente sobre el rostro eran para todos una carga insoportable, y á todos les apremiaba deshacerse de ella, y, al efectuarlo, arrojáronla demasiado lejos. No es posible formarse concepto de aquella sociedad; nada puede dar idea

de ella, ni siquiera el desenfreno de la corte y de la ciudad bajo el difunto rey. El ejemplo del regente contagiaba á todas las clases sociales; parecía que todos se desvivían por gozar. Para una doncella como yo, era peligrosa tal escuela, y en ella había de perder naturalmente los meticulosos principios que me inculcaron mi tía y las monjas de la Magdalena. No sostenidos por la religión, desvaneciéronse pronto; pero tócame decir que sin eso no me sería posible explicar el resto de mi existencia.

Nunca me han conocido; constantemente han atribuido mis debilidades á causas á que no obedecían. Ni uno de mis contemporáneos ha dejado de tenerme por apasionada ó coqueta, cuando mi único mal era la displicencia. Amaba para distraerme, di oídos al amor de los demás por ociosidad, mudé de amantes porque me aburrían y esperaba que otro me aburriría menos. No he conseguido acabar con ese inveterado enemigo, todavía impera en mi vejez, después de haber quebrantado á cuantos le opuse y buscaban vencerlo, y me acompañará hasta el sepulcro, y cedo ahora á su poder; me sigue, va conmigo doquiera voy; toma asiento á mi lado á la mesa, escancia en mi copa el tedio ó el cansancio, para abrevarme con ellos ó retenerme bajo su férrea vara. Siempre se interpone entre mí y los que me rodean, y duerme conmigo durante mi breve sueño. Sin embargo, hasta hoy no ha podido invadir el campo de mis recuerdos, y ojalá nunca lo invada.

## X

Al otro día de la fiesta y apenas me hube despertado, anunciáronme á la señora de Parabere, la cual

se presentó de repente para sorprenderme en mi reducidísima habitación, de la que ya estaba yo avergonzada y anhelosa de abandonarla para trasladarme á otra casa más decente. El día pasado en casa de la señora Feriol me había decidido, y para mí no era ya del caso salir de París, pues echaba de ver que en lo sucesivo no me sería posible vivir en otra parte que en la capital.

Nuestra parienta, devota que no frecuentaba el trato de persona alguna, se refugió en lo último de su jardín al saber que en su casa tenía á la íntima del regente. Mi marido la zahirió y la llamó gazmoña, y ella le contestó que toda el agua bendita de la diócesis no lavaría el sitio por donde aquella impura había pasado.

Entretanto, recibía yo á la marquesa, hecha un brazo de mar, fresca, con ser muy temprano y haber pasado toda la noche en el Palacio Real, en una de tantas orgías que hicieron vivir cien años en veinticinco á la duquesa de Berry. La señora de Parabere era de bronce. Bajita, delgada, delicada en la apariencia, tenía en realidad una salud de mosquetero. Sus negros y rasgados ojos se adelantaban á sus promesas, con ser éstas provocativas; y á causa de su cutis blanco bronceado y de sus negrísimo cabellos, su regio amante la había apellidado *el Cuervecillo*. Ella se reía de este apodo, y á menudo firmaba con él sus billetes de la mañana.

— Amiguita mía — profirió la señora de Parabere al entrar y sin dar oídos á mis disculpas, — sé lo que va V. á decirme respecto de su habitación y de su tocado; entre nosotras esto nada significa. Me place usted por manera indecible, estoy prendada de usted desde ayer, toda la noche he hablado de usted al regente y á la duquesa de Berry, á quienes visitaremos juntas.

— Pero, señora...

— ¡Qué! ¿no quiere V.?

— No soy yo, es...

— ¿El señor del Deffand? — atajó la marquesa; — ¿acaso quiere algo el buen señor? Lo he visto durante un cuarto de hora, y me ha bastado para saber qué podía esperarse de él. No argumente V. Sus Altezas Reales la están aguardando, y uno de estos días la presentaré á V. á ellos. Pero ahora no se trata de eso; vengo á robarla á V...

— ¿A mí, señora?

— Sí, á V., y de más á más, sin su marido. Comerá usted conmigo.

— Es imposible.

— ¿Imposible? Esta es una palabra provinciana que aquí no conocemos, y me pasma que una mujer tan aguda como V. la emplee. ¡Imposible! Ea, vístase usted aprisa y vámonos; esta casa huele á claustro, y esto me da vahidos. ¿Cuándo se traslada usted definitivamente á otra?

Yo no sabía qué contestar á aquel flujo de palabras; con todo eso, ¿cómo dejar á mi marido en casa y exponerme sola? Me defendí, pues, con todo mi poder; pero á mis razones la señora de Parabere se reía y encogía los hombros.

La marquesa abrió mis cofres y mis cajones, y sacaba de ellos mis vestidos y mis joyas, poniendo á un lado los que valían, según ella, la pena de ser conservados, y al otro los que ya no servían y de los cuales era preciso deshacerme. Y todo eso la señora de Parabere lo hacía charlando, cantando, dando vueltas alrededor de mi cuarto, burlándose de mí, ó besándome las mejillas y diciendo pestes de mi prima, de su casa, de sus muebles, de su librea y de cuanto me rodeaba, sin exceptuar á mi marido.

Una vez hubo escogido, la marquesa llamó á mi

doncella; y al preguntarle yo para qué la llamaba, me contestó:

— Aguarde V., va V. á verlo.—Y volviéndose hacia la doncella, que entró en aquel instante, añadió: — ¿Cómo se llama V.?

— Paulina, para servir á V. — contestó la interpelada, haciendo una gran medida con la cabeza.

— Pues bien, señorita Paulina, coja V. todos esos guñapos y quédese V. con ellos; la señora marquesa se los da á V.; déle V. las gracias y sírvale siempre bien. Váyase V., ya la llamarán para vestir á su ama.

Yo me quedé con tanta boca abierta; porque la verdad era que la señora de Parabere disponía de mi guardarropa, de mis regalos de boda comprados en Dijón, y de los cuales estaba yo orgullosa, y sin preguntarme si me quedaban recursos para sustituirlos. Ahora bien, al notar la señora de Parabere que yo estaba á punto de mostrar en alta voz mi enfado, me cortó la palabra, diciéndome:

— Amigueta mía, ha de vestir V. como visten los demás, olvidar la provincia y transformarse; una mujer como V., joven y hermosa, no puede ostentar oropeles como los de que la desembarazo. No los eche V. de menos, compre otros, y esté segura de que no le faltará el dinero, si esto la preocupa.

Dichas estas palabras, la de Parabere me besó y me acarició de tal suerte, que disipó mi mal humor, y me animé á prometerle que iría á comer y á pasar el día con ella.

— Voltaire estará con nosotros — prosiguió la marquesa; — me he complacido en hacerlo venir á mi casa y obligarlo á que me haga la reverencia, con haber escrito y hablado tanto contra el regente. Me placen esos contrastes, los busco; me gusta todo lo raro, y así hallo gratisima la existencia. Por más que

digan los severos, los moralistas, nunca creeré que venimos al mundo para ser desdichados.

Formulada esta sentencia, la señora de Parabere salió ligera y viva como un pájaro, dejándome á la vez satisfecha y apuradísima, mayormente acerca de cómo iba yo á componérmelas para darme un empaque cortesano y para no parecer una provinciana con humos de gran señora. Recelé de mí misma, y persuadiéndome de que era ridícula, tuve miedo de las reflexiones y de los epigramas. De buena gana me habría vuelto á Borgoña; pero, felizmente, mi espejo me salvó.

En lo mejor de mi tocado, anunciáronme una visita de otro género y por lo menos tan agradable como la de la señora de Parabere, visita á la cual no podía negarme á recibirla sin contrariarme grandemente. Era la señora de Staal, quiero decir, la señorita Delaunay; á la sazón aún no estaba casada. El encuentro resultaba curioso. El duque de Orléans y el del Maine estaban á matar, como lo habían estado toda su vida, y desde la constitución de la Regencia su enemistad se había convertido en odio inextinguible. Desde el principio me encontré lanzada á los dos campos, lo cual nada tenía de halagüeño.

La señorita Delaunay, repitiendo lo que acababa de decirme la señora de Parabere, me dijo:

—Urge que se venga V. con nosotras á Sceaux. Ayer pensé en V., pues cabalmente es V. á propósito para agradar á la señora duquesa y ser con el tiempo su predilecta. La querré á V. apasionadamente; á todas las destrona V.

—¿V. cree que Su Alteza se dignará recibirme, señorita?

—Con los brazos abiertos y la mayor alegría. En Sceaux se divierten mucho: representan comedias y dan fiestas agradabilísimas. Lo que más cautiva á la

princesa es el ingenio, y V. lo tiene tan peregrino, que está V. segura de su favor.

—¡Ah! señorita, soy una necia—dije—ayer acabé de convencerme de ello, y haré mal papel en ese palacio, donde sin cesar brillan tantas eminencias.

—¡Bah! V. será de las que más brillarán; vuelvo al instante y la anuncio á V.; no hay duda en que pronto la convidarán á V. Su alteza no desperdiciará una ocasión tan rara de hallar reunidos el ingenio y la hermosura.

¡En Sceaux y en el Palacio Real! ¡las cenas del duque de Orléans y las comedias de la duquesa del Maine! Era tentador para una novata; por eso sentí algo así como un vértigo, y quedé deslumbrada por un instante; luego salí en busca de mi marido y le hice sabedor de su exclusión y de la libertad en que yo lo dejaba. Deffand me dirigió una mirada que al parecer quería decir algo y no decía nada. No, á mi marido no le faltaba la voluntad, que la tenía en todo; lo difícil para él era la ejecución.

—De paso iré á casa de la señora de Luynes—dije á Deffand;—si quieres tú ir también, miel sobre hojuelas; luego te dejaré en compañía de tu señora prima, á quien estoy segura le placará muchísimo la honra de tenerte á su lado. Comen con ella muchas personas, todas ellas santas, entre las cuales no soy digna de figurar, y á quienes edificará grandemente tu conversación.

Deffand se quedó por algunos instantes como clavado en el sitio; no puedo decir en qué pensaba, ó siquiera si pensaba; luego me hizo una reverencia y se fué. A la hora fijada, lo encontré dispuesto en mi salón, leyendo el *Edipo*, del que comprendía muy poco. Nunca sacó en limpio qué eran la Esfinge y el Minotauro; estas palabras quedaron grabadas en su memoria sin explicación y sin clasificación, y nada

tan chusco como las discusiones que entablaba éi sobre el particular con cierto pedante, comensal asiduo de la de Luynes. Ni uno ni otro se entendían y acababan por injuriarse que daba gusto; era un sainete divertidísimo, en el cual guardaba yo neutralidad, temerosa de hacerlo cesar.

Al entrar en casa de la señora de Luynes, donde siempre había muchísima concurrencia, estaba yo algo conmovida, pues ¿quién me decía á mí que Larnage no se encontrase en algún rincón de ella? Y efectivamente fué así, y llegóse á mí pasados los primeros empujones. También yo anhelaba hablar con el joven, al cual recibí ruborizada, y le hice sitio, preguntándole, con voz entrecortada y como una necia, por su madre. Larnage se inclinó para darme las gracias, y me dijo sin más preámbulos:

— ¿Es V. verdaderamente feliz, señora?

— ¿Qué duda cabe?—contesté;—¿no es preciso que así sea?

— ¡Ah! señora, tuvo V. muy poca confianza en mí, y también poca paciencia. Como V. lo hubiese querido, yo habría hecho fortuna para V.

— ¡Ay! la fortuna va muy aprisa, y V. andaba con suma lentitud, como lo prueba el que lo encuentro á V., si no me equívoco, en el mismo sitio.

— Es V. muy cruel, señora; me echa V. en cara mi impotencia y mi desventura.

— Me defiendo, caballero. Por otra parte, ¿le prometí á V. algo?

— Nada; pero me había escuchado V., y dejado la esperanza... y esperé.

— ¿Qué va V. á hacer ahora?

— Señora, dejé de esperar, pero seguiré amando.

Al expresarse así, Larnage parecióme un Apolo.

La señora de Luynes, que acababa de hacer hablar un poco á Deffand, se acercó enfurruñada y

me dijo que la siguiese á su gabinete, pues tenía que comunicarme algo. Arrancada de aquella para mí grata conversación, me levanté de pésimo humor. Por el rostro de mi tía, á quien conocía de larga fecha, colegí que trataba de sermonearme; pero estaba muy distante de sospechar lo que aquélla iba á decirme.

— Sobrina mía — exclamó la señora de Luynes sin darme tiempo de sentarme, — tu marido me ha dicho de ti cosas que me asombran.

— ¿Qué, señora?

— Supone que dentro de poco te vas á ir sola á casa de la señora de Parabere, escándalo de la nobleza, mujer á quien ya nadie saluda al encontrarla.

— Es cierto, señora — repliqué sin admirarme, pero resuelta á hacer pagar á mi marido su habladuría.

La duquesa se quedó estupefacta de mi audacia. Contando con una excusa ó quizá con una mentira, mi franqueza, aquella confesión de una demasia tan increíble le cortó la voz de tal suerte, que sólo pudo exclamar, llena de terror y de aflicción:

— ¡Lo confiesas!

La señora de Luynes era severa; sus amistades, sus costumbres, sus vínculos de familia la sujetaban á la antigua corte, á la gazmoñería, legados del gran rey que nosotras nos apresurábamos á barrer con alegría y presteza como su testamento. Por lo demás, compréndese que la vida del Palacio Real fuese severamente vituperada por una persona escrupulosa, y que mi tía creyese de su deber apartar de ella á una joven é inexperta parienta colocada ya al borde del abismo. Sí, la señora de Luynes tenía razón, lo sé; pero entonces no era este mi parecer.

— ¿Qué mal hay en ello, señora?—dije con toda calma;—¿por ventura la señora de Parabere no es

de tan noble familia como la señora de Verrue, y hace lo que ésta no ha hecho? Además, habiéndome cabido la honra de encontrar á la señora cuñada de V., á la mesa, en el castillo que V. posee en Dampierre, he supuesto que no me extraviaba siguiendo el camino que V. seguía.

Yo ya sabía que daba en firme, pues la duquesa no soportaba la más leve alusión á la antigua intriga de la condesa de Verrue con el rey de Cerdeña. Ella y su marido la habían acogido contra su voluntad, la veían lo menos posible y doliéndose, pero la veían, y esta era para ellos una pesada cruz. El dardo, pues, había dado en el hito. Mi tía se levantó con gesto áspero y contrariado, y mostrándome con ademán soberano la puerta, me dijo:

— Pues V. lo quiere, vaya V., señora; pero si deshonra V. su apellido, no cuento V. conmigo para nada. He cumplido mi deber, no volveré á decir á V. una palabra sobre este asunto.

## XI

Fuí, pues, á casa de la señora de Parabere, infatuada de mi victoria; era verdaderamente una rebelión: resistir simultáneamente á mi marido y á mi tía, máxime siendo ésta la duquesa de Luynes, ¡ahí es nada! Era el mío un estreno que prometía. Ahora que veo las cosas de lejos y con sensatez, convengo en que hice mal; pero no era del todo mía la culpa: el modo de ser de mi tiempo, las ideas de rebeldía, tan inminentes hoy, empezaban á la sazón á manifestarse y me arrastraban. Parientes y deberes inspiraban ya menos respeto, de lo cual se quejaban con razón los del

ótro siglo. Esto nos ha acarreado grandes males, con no encontrarnos sino en lo alto de la pendiente; los que nos sigan verán cosa buena.

La señora de Parabere me recibió afectuosamente y exclamó:

— Ya no la esperaba á V., reina mía. ¿Qué la ha retenido á V.?

— Lo que retiene á las mujeres: mi marido.

— ¡Ya se ve! hizo V. la tontería de tomar uno... ¡Cuánto siento no haberla conocido á V. antes! Yo le fío que habría dispuesto de otro modo su existencia.

— No me cabía sino casarme, ó continuar siendo la señorita de Chamrond y quedarme soltera como mi tía.

— Era preferible llamarse condesa María de Chamrond, y ser canonesa como la condesa Alejandra de Tencín.

— Es, verdad — dije suspirando. — ¿Cómo no pensaron en eso mis padres?

— ¡Canonesa! es el dechado de la felicidad en la tierra. Una canonesa disfruta de libertad completa, es honrada en todas partes, tiene todas las preeminencias de la mujer casada, sin deberes ni marido, y goza de una renta que le permite vivir y aceptar el auxilio de los demás; de la independencia de una viuda, sin los recuerdos y el resto del vínculo que impone la familia, y de una categoría incontestable que una no debe á nadie; para ella se ha hecho la indulgencia y aun diré la impunidad. Las habladorías y las burlas no hacen mella en las canonesas, porque nada puede variar su estado. Y todas estas ventajas las adquiere aquélla con sólo llevar una cruz que le sienta bien, hábito negro ó pardo que puede una acomodarle al más refinado gusto, un velillo imperceptible y un palillo. Como V. ve, todo es beneficio.